



### María en nuestras Constituciones

*Enrique Moreno Laval, ss.cc.*

**E**n los escritos de los fundadores de nuestra Congregación, María era mencionada más bien como “nuestra protectora, nuestro auxilio” (Buen Padre), a quien le debíamos honra y cuya devoción debíamos propagar. Las actuales Constituciones, aprobadas en 1990, han superado y completado dicha referencia original, presentándonos a María como discípula y modelo en el seguimiento de Jesús.

#### El texto y las menciones a María

En nuestras Constituciones, el nombre de María es mencionado en 10 de sus 153 artículos. En primer lugar, después de nombrársele en el título de la Congregación (1) y en nuestra consagración a los Sagrados Corazones, se dice que “María ha sido asociada de una manera singular al misterio de Dios hecho hombre”, lo que se expresa “en la unión del Corazón de Jesús y el Corazón de María” (2). Enseguida, se nos señala cuál es su tipo de presencia en nuestras vidas: María “nos precede en el camino y nos acompaña” (3). Al hablarse de nuestra consagración, se dice que la vivimos como “consagración a los Sagrados Corazones”, lo que implica “entrar con Jesús y como María en el designio del Padre de salvar al mundo por el amor” (13).

Se vuelve a mencionar su nombre al indicarse nuestra fórmula de profesión (17); y, a propósito de cada uno de nuestros votos, se la presenta como aquella que vivió profundamente en castidad (19), pobreza (24) y obediencia (32). Se le menciona después en referencia a nuestra vida de oración, “a cuya oración unimos la nuestra” (51, 4). Y se señala también que nuestra devoción a María la expresamos de diversas formas, “especialmente con el rezo del rosario” (59).

A partir de este elenco de textos, quisiera desarrollar brevemente tres aspectos que vale la pena destacar.



#### María, compañera de camino

En nuestras Constituciones, María siempre aparece en referencia a Jesús. Dado que los textos de los evangelios fueron escritos con los ojos puestos en Jesús y en su comunidad, la figura de María aparece siempre dentro de este contexto cristocéntrico de los relatos de los evangelistas. María vive subordinada a Jesús, podríamos decir. Un hermano de Congregación escribió: “Creo en la ternura de la Virgen, quien, desde su lugar discreto, siempre está apuntando, en el centro, a Jesús” (Pablo Fontaine).

En este sentido, si Jesús es “el Camino” (Juan 14, 6), María es nuestra compañera de camino, la que “nos acompaña”, una acompañante materna y fiel; lo que puede hacer porque ella misma “nos precede”. Es decir, antes de nosotros ella acompañó a su hijo, y ella misma fue acompañada a su vez por el Espíritu. En ella, el Espíritu “viene, se queda, y no se va jamás” (Leonardo Boff).

#### María en los Evangelios

Leer a María en los evangelios debería bastarnos para apreciar el profundo significado de su vida para nuestro proceso de fe; y evitar así una curiosi-

La numeración corresponde a los artículos de las Constituciones de los hermanos.



dad ingenua por saber detalles de su vida que el texto bíblico no nos entrega. Esto nos ayudará a superar, además, una relación puramente devocional con ella. Incluso, hoy por hoy, habría que ir “al rescate” de la persona de María tal como la presentan los evangelios, a fin de recuperar su condición humana tan rica de posibilidades para nuestra vida cristiana. Es lo que se nos quiere decir cuando nuestras Constituciones aluden a su manera de vivir las virtudes propias de nuestros votos religiosos.

Respecto de la castidad: “En María vemos claramente cómo la castidad puede ser un elemento que dinamiza la capacidad de amar y servir a Jesús, a la Iglesia y al mundo”. De la pobreza: “En el Magnificat aparece cantando al Señor que ‘colma de bienes a los hambrientos’, ‘despide a los ricos con las manos vacías’ y ‘enaltece a los humillados’”. De la obediencia: “María, con su respuesta ‘Hágase en mí según tu palabra’, nos recuerda la fecundidad que puede tener una vida abierta incondicionalmente a la voluntad de Dios”.

Nos reencontramos así con la condición más cercana de María, “toda de Dios y tan humana” (Alfonso Murad), que nos enseña cómo escuchar a Dios, cómo guardar todo en el corazón, cómo ser pobre y asumir la causa de los pobres, cómo servir y acompañar a otros, cómo cuidar la vida, cómo estar al pie de la cruz, y cómo compartir y sostener la fe y la esperanza de la Iglesia.

### **La unión de los corazones de Jesús y de María**

Según el artículo 2 de nuestras Constituciones, “la unión del Corazón de Jesús y del Corazón de María” está en la base de nuestra consagración.

“El primer diálogo de corazón a corazón es el de Jesús y de María. Lo que sucede entre Jesús y María nos revela cómo es Dios, y predice el destino de la aventura humana. Lo que ocurre entre María y Jesús ilumina las luchas de nuestra vida, la aridez de nuestro pecado, las esperanzas de los pobres y el dolor de nuestra existencia en este valle de lágrimas. Lo que sucede entre María y Jesús abre una puerta hacia la esperanza” (...) “Consagrados a los Sagrados Corazones, podemos entender nuestra misión como destinada a conectar a los otros con esta relación: despertar en cada corazón la sorpresa increíble de encontrarse incluido en este abrazo de corazón a corazón” (Javier Álvarez-Ossorio).

En realidad, la estrecha relación de los corazones de esta madre María y este hijo Jesús, explica las vidas que de ambos veneramos. El hijo va aprendiendo de su madre la contemplación, la ternura, la vida juntos, la pobreza, el servicio solidario. La madre va transmitiendo su experiencia de silencio, humildad, valentía, reverencia de Dios, la preocupación por cada persona. “Supongo que no será herejía decir que, en la resonancia de su condición humana, Jesús aprendió a ser Hijo a través del corazón de su madre María y de José” (Esteban Gumucio).

Siempre está ella, María, detrás de cada una de nuestras realidades cotidianas, como lo estuvo detrás de Jesús y de sus propias circunstancias. Siempre la encontraremos a ella detrás de nuestra condición de consagrados a los Sagrados Corazones, con la certeza de que aquella palabra de Jesús, “He ahí a tu hijo” (Juan 19, 26), ha superado al discípulo amado y a aquella comunidad primera, llegando hasta nosotros.

